

Abad y Junta de Seises de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, Ilustrísimas y Dignísimas autoridades, hermanos de Jesús, señoras y señores, amigos todos, buenas tardes.

Mis primeras palabras necesariamente tienen que poner de manifiesto dos sentimientos que no puedo eludir: gratitud y recuerdo.

Recuerdo, y recuerdo agradecido, hacia mis padres. Fueron ellos quienes me inculcaron la formación religiosa, sin duda imprescindible, para sentir cuanto voy a tratar de trasladarles.

Y gratitud. En primer lugar a quien depositó su confianza en mi persona para que haga las veces, les aseguro que al menos lo voy a intentar, de anunciador de la Semana Santa. Gracias pues, Abad, querido amigo Fernando. En todo caso no olvidemos que en el pasado mes de septiembre, y con motivo de tu toma de posesión, nuestro Secretario nos recordaba que a partir de ese momento te debíamos obediencia. Fácilmente se comprenderá que no pudiera poner impedimento alguno a tu solicitud, máxime cuando esta intervención constituye un honor para mí y me llena de orgullo, sin olvidar la responsabilidad que conlleva.

Gratitud, por otra parte, al Corte Inglés; agradecimiento personificado en su Director Provincial, el hermano Manuel Orellana. Un año más hace patente su compromiso, a la vista está, con nuestra Semana Santa.

Agradecimiento asimismo a todos ustedes; su presencia en esta impresionante carpa, en los tiempos que vive la sociedad de la que, no lo olvidemos, formamos parte, un tanto a espaldas de los sentimientos profundos de la fe, hace evidente la importancia de este acto. Y agradecimiento, por último, a quienes, con su intervención, habrán de erigirse, en auténticos pregoneros de nuestra Semana Santa, y no con la palabra, tal y como a lo largo de los próximos minutos tendremos ocasión de comprobar, de tal forma que mi intervención pretenderá ser, simplemente, un engarce o eslabón entre cada una de sus intervenciones, intervenciones que pondrán de manifiesto que las corcheas y las semicorcheas, las fusas y semifusas, las notas del pentagrama en definitiva, triunfan sobre la palabra. Queridos hermanos integrantes de la Agrupación musical de la Cofradía, muchas gracias por vuestro esfuerzo y felicidades anticipadas por el resultado de vuestro trabajo.

De entre los diferentes significados que el diccionario de la Real Academia otorga a la palabra PREGON, elijo aquel que lo define como *ACTO EN EL QUE SE ANUNCIA AL PÚBLICO LA CELEBRACION DE UNA FESTIVIDAD Y SE LE INCITA A PARTICIPAR EN ELLA*.

Y pregonar SEMANA SANTA se me antoja tarea sencilla, si me atengo a lo que, como cristiano, esas dos palabras significan, deben significar, para todos nosotros. Cristo, Dios hecho hombre, fue flagelado, coronado de espinas y murió en la cruz, resucitando, tal y como había anunciado, tres días después.

Afirmación rotunda, y creencia que los cristianos rememoramos en estos días, recordando su Pasión, Muerte y Resurrección: SEMANA SANTA.

Celebramos este año el cuarto centenario de nuestra Cofradía. Vayamos un poco más atrás en el tiempo. Allá por los Siglos XIII y XIV, la historia nos revela los movimientos de fieles que, organizados en grupos gremiales, que más tarde evolucionan y dan paso a las cofradías y hermandades, tratan de reproducir "en vivo" esos momentos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. "Entra en escena" el arte y la cultura. Pintores y escultores, imagineros

que van obteniendo de la madera, a través de la gubia, la representación de los momentos más trascendentales de la Pasión (Cristo atado a la columna, coronado de espinas, con la cruz a cuestas, crucificado, yacente, María Dolorosa, San Juan, y todos aquellos momentos que puedan imaginarse ocurridos a lo largo de la Pasión, que habrán de abocar en la anunciada Resurrección); y de otro lado, desarrollo escénico de ese mismo misterio. Efigies que, y en manos de los integrantes de las Cofradías y hermandades, son mostradas al pueblo, portadas en hombros, configurando lo que ha dado en llamarse "*religiosidad popular*".

Llega pues hasta nuestros días el resultado de esas vivencias, de la conjunción "*fe - religiosidad popular*", binomio en el que con el paso de los tiempos un tercer elemento vendrá a integrarse: la tradición y las costumbres propias de cada lugar, llegando así a la triple significación o contenido de SEMANA SANTA: fe-religiosidad popular-tradición o costumbrismo.

La vida del hombre es una búsqueda permanente de Dios. Y Dios suele optar por lo sencillo, por la línea recta, de forma que cuando desea revelarse a los hombres elige el camino de los sentimientos. Somos personas que comprendemos fácilmente los sucesos a través de los sentimientos. Se nos hace difícil llegar a Dios a través de los conceptos. Sin embargo somos capaces de presentirlo, por ejemplo, en la angustia que nos produce la imagen de un hombre azotado, atado a la columna, con la cruz a cuestas, clavado en un madero. Y todo ello se resume, a la postre, en que Cristo se hizo hombre por nosotros, se hizo víctima en la Cruz y nos devolvió la esperanza. Y "*si Dios se hace hombre, hombre es lo más grande que se puede ser*". Lo decía Ortega y Gasset hace muchos años.

Les anticipo que pretendo que hagamos uso de la imaginación. Nos habremos de imaginar a María, madre de Dios, veinte años después de haber compartido y sufrido, como madre, la Pasión, Muerte y Resurrección de su Hijo. Ésa María de la que ya nos hablaba Victoriano Crémer, al decir:

*"Sola y pequeña y triste,  
como una madre campesina.  
Sin nadie  
que la abriera las puertas, que la hablara,  
que la diera las buenas tardes,  
que le preguntara por qué  
llevaba un hijo muerto por las calles".*

Retomemos la vía de los sentimientos y apliquémosla a María. ¿Seríamos capaces de recordar las numerosas denominaciones con que la conocemos y veneramos?. En casi todo el norte de la geografía peninsular se le asigna, generalmente, el nombre del lugar en el que se la venera, desde Montserrat hasta Covadonga, o más cerca, el Camino, Castrotierra, Carrasconte, la Encina, la Peregrina.

Sin embargo nuestra ciudad, se asemeja a las cálidas tierras del sur, ambas son "*tierras de sentimientos*". Allá, como aquí, la asignan, la asignamos, nombres que reflejan su sufrir: Virgen de los Dolores, de las Angustias, de la Amargura, de las Lágrimas, de la Soledad.

Otras veces las advocaciones se enfrentan al sufrimiento y se sitúan más cercanas a la dicha: Virgen de la Piedad, de la Paz, de la Paloma, de la Esperanza, del Consuelo.

Y si la oscuridad nos embarga, advocamos a una Madre que es Patrocinio, Remedio y Perpetuo Socorro. Llamémosla por su Dulce Nombre y a nuestra oración responderá inmediatamente la **REINA DEL AMOR**.

Dije que pretendía hacer uso de la imaginación. Déjense llevar por ella. Imagínense a una mujer ya anciana, escribiendo sus memorias y tratando de recordar los distintos momentos de la Pasión, Muerte y Resurrección de su Hijo. Una mujer, en palabras del poeta, cuya vida era la de una paloma reposando en su palomar: ni ya en la tierra, ni todavía en el cielo ...

Está escribiendo. Los rayos del sol entran por la ventana y la iluminan, más si cabe. Y escribe así:

«... Han transcurrido casi veinte años de su muerte y percibo con la misma nitidez las sensaciones que tuve en aquellos días.

Vivo en una pequeña casa que nos tiene cedida Zebedeo. A veces me acompaña Juan, pero casi siempre está de viaje, predicando. No me resta amor de hijo, pero apenas lo veo y me siento sola.

Revivo sus últimos momentos de vida en estos recuerdos. La tristeza por la muerte de un ser querido es menos intensa cuanto más cercana en el tiempo. Al principio sólo está el dolor. Después el dolor es, además, soledad.

Recuerdo como llegó y entró jubiloso en Jerusalem. Acababa de preparar la ropa de Jesús. Me acompañaban María Cleofás, mi hermana, y María de Magdala. De repente comenzaron, a lo lejos, a sonar cánticos: Hosanna, Hosanna al Hijo de David. Apresuradamente nos dirigimos a la Ciudad Santa; cruzamos la Puerta de Efraim y nos unimos a la multitud. Ramas de olivo y de palma cubrían el suelo.

### **PALMAS Y OLIVO**

Por fin alcanzamos a verlo, montado sobre una Borrica. Se hicieron presentes las palabras escritas por Zacarías: ¡Salta de gozo, hija de Sión!, ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalem!. Mira que tu Rey viene a ti. Es justo y victorioso; humilde y montado en un asno.

Me acordé de José. ¡Qué alegría hubiera sentido viendo a su hijo, -hijo humilde de humilde carpintero- enaltecido por todos!. José ¡Cuánto me quiso y cuánto lo quería a El!.

Asistía preocupada a aquella procesión de júbilo. ¿Qué vendría tras tanto gozo desbordado?. Poco tuve que esperar para saberlo, cuando Mateo me relató lo sucedido después de la Cena de Pascua. Aún resuenan en mi mente el eco de sus palabras: *“Llegamos al Huerto y Jesús se arrodilló en Oración, sumido en la soledad. Pronunció, mirando al cielo, palabras para mí misteriosas: **Triste está mi alma hasta la muerte; cuando nací, dos mil ejércitos de ángeles me anunciaron; cuando ayuné en el desierto, mil ángeles me sustentaron; y ahora, ahora que voy a morir, uno sólo me sirve de Confortación.**”* Mateo añadió: *“La cara se le tiñó de sangre. Sus discípulos, desalentados, confundidos y sin fuerzas, nos rendimos al sueño. Cuando se oyeron unas voces bravas ya se había producido su Prendimiento. Hasta la mirada se le hundió en el Desamparo. Primero lo llevaron ante Pilatos y luego ante Herodes. Jesús callaba. Lo enfundaron en ropa blanca, que pronto teñiría en rojo.”*

Mateo lloraba sin consuelo alguno. Pero me pierdo. Viendo el triunfo de mi hijo debería haberme sentido contenta. Sin embargo la pesadumbre me llenaba el alma.

Volvimos a casa oyendo todavía los cánticos de gloria, y ya, al final de la tarde, vimos aparecer a los discípulos por el camino, arremolinados en torno a Jesús, que caminaba delante, portando en la mano, a modo de báculo, una palma. Apartado de ellos, el último y distante, caminaba Judas.

Pocos días después de nuevo se dirigieron a Jerusalem, a casa de Marcos para celebrar la Pascua. Jesús me mandó recado a Caná, donde me encontraba, pidiéndome que lo acompañara a la cena pascual. Andaba desasosegada. Algo me decía que se había iniciado su tiempo definitivo.

Al verme me abrazó diciendo: ***“Ha llegado mi hora, pero no podría cumplirla sin verte antes, sin abrazarte, sin que te diera un beso de hijo y me dieras tu bendición de madre.”***

Todos se afanaban en preferencias sobre el cáliz. De pronto Jesús se quitó el manto, vertió agua sobre el barreño, se postró y tomó los pies de Juan. Aún húmedos del agua santa, se humilló y le besó los pies. Luego se arrodilló ante Judas, al que con voz muy suave dijo: ***“¿Aún padeces por mí?”***. El beso en su pie quedó como una brasa que le llagaba la vida. Uno tras otro, a todos lavó los pies.

Poco después Jesús se levantó, rompió un ázimo y con voz turbada dijo: ***“Mi Pasión ha comenzado. He de morir. Escrito está que uno de vosotros ha de entregarme”***, y dirigiéndose a Judas le ofreció un trozo de pan, al tiempo que le dijo: ***“Lo que vas a hacer, hazlo pronto”***.

El Iscariote se marchó con gesto sombrío. Aunque desconcertada, lo seguí con la vista. Ya era de noche. Judas corría; de pronto se paró, miró hacia el cielo y entregó a la noche la niebla de su culpa.

Jesús tomó un pan, lo partió y proclamó: ***“Esta es mi carne”***. Luego sirvió vino en la copa, vino con el oscuro color de la sangre, y la alzó diciendo: ***“Esta es mi sangre, bebed todos de ella”***.

### **SANCTUS**

Finalizada la cena, ya noche cerrada, me acerqué a El. Hablaba muy despacio y delicadamente. ***“Voy a morir, Madre. Así está escrito y así debe ser. Pero por qué esta angustia?. Conocía todo lo que tiene que suceder. ¿Por qué mi corazón se rebela?. Tengo miedo, Madre”***. Le pedí a su Padre que le diera alivio y fortaleza, y pareció escucharme, porque de nuevo se dirigió a mí diciéndome: ***“Adiós Madre, hasta dentro de tres días”***.

Entretanto, en una calle oscura, una sombra contaba monedas y en un huerto cercano, una higuera de niebla aprendía a ser cadalso.

Han pasado veinte años. ¿Cuántas veces habré repetido el mismo camino que El hizo arrastrando por las calles su cruz? Tantas que la memoria me basta para transitarlo. Lo recuerdo saliendo por la puerta del Palacio del gobernador. Era el inicio de lo que los romanos conocían como Vía Crucis: camino de la desesperanza, que sólo se recorre en un sentido.

Casi apuradas sus fuerzas, resbaló en una losa y cayó de rodillas. Por segunda vez cayó de nuevo poco después, al llegar a la Puerta Judiciaria y viendo los soldados que no le quedaban fuerzas, llamaron a un hombre que estaba en la misma Puerta, al que cargaron la cruz sobre los hombros. Viendo que Jesús pretendía esbozar una sonrisa, le dijo: ***“Rabí, soy Simón, el padre de Alejandro y de Rufo, que estuvieron contigo en el lago”***. Y se le hizo dulce la mirada.

Jesús tropezó con su propia túnica y por tercera vez cayó al suelo. Era incapaz de levantarse por sí solo.

Vía crucis, largo e inhumano camino, en el que, cruzando entre los soldados, una mujer salió al paso y le limpió la cara: Verónica (que proviene de vera e icon, que significa verdadero retrato).

Finalmente llegamos al Gólgota. Le desciñeron la túnica. Jesús se dejaba hacer. Le ataron los puños al travesaño. Luego, clavadas las muñecas, apoyaron escalas en el madero y prepararon su Exaltación a la cruz. Después le alzaron los muslos para apoyarlos en la sedila y le doblaron las piernas hasta que las plantas de los pies quedaron juntas. Un golpe preciso de martillo y Jesús quedó clavado; exactamente ajustado su cuerpo a los maderos, ¡Qué bien midieron a quien era inmenso!

### **SANGRE EN TUS CLAVOS**

La tarde se estremecía al verlo clavado como una Viga sosteniendo el cielo. El cerro de las tres cruces se llenaba de indiferencias, risas, insultos .... y llantos.

De repente dijo: ***“¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!. Tú, como Padre, puedes disponer de mi vida, pero como Juez Justo puedes decretar venganza de mi muerte. Pero ten en cuenta que yo los perdono, y te pido que Tú también los perdones. No veas que ellos me matan a Mi sino que yo muero por ellos.”*** Recordé que sus más hermosas parábolas componían la doctrina del perdón.

En un momento dado su mirada se encontró con la mía. Le conocía aquella mirada. Las madres conocemos a nuestros hijos por sus miradas. Aquella decía inquietud, desasosiego, miedo. En voz muy baja me dijo: ***“Madre, muero con el consuelo de que cumpla el encargo de mi Padre, pero a ti ¿qué te queda? ¿Con quién compartirás la soledad para mitigar tu pena?”***. Y miró a Juan, que se encontraba a mi lado, regalándome toda su ternura. Nos dijo palabras leves como un soplo: ***“Madre, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre.”***

Ha transcurrido mucho tiempo. Casi veinte años. Recuerdo el día que Juan, con el alborozo de quien ha encontrado esa respuesta largamente buscada, me dijo: ***“Madre, siempre me pregunté por qué quiso que fuera el momento de la Cruz el elegido para entregarme a ti, como hijo. Nunca lo comprendí. Ahora creo que lo sé. Fue por ti, Madre. Quiso que fueran sus tormentos quienes te hablaran de la medida exacta de su amor; que percibieras que le dolía más la soledad a la que te condenaba, que los dolores que lo afligían.”***

Qué verdad en esas palabras. Cerré las ventanas para que el aire no llevara a los cuatro vientos mi llanto desconsolado.

Más tarde, abriendo con dificultad sus párpados, pegados por la sangre, de nuevo me miró y me dijo con voz casi desmayada: ***“Madre, acaricio el más grande de los Reinos, y no tengo***

*dónde apoyar mi cabeza. Mi Padre, que se apiadó de los israelitas en el desierto, se ha olvidado de Mí. Si me amara, quitaría fuerza a estas espinas que me atormentan; disminuiría el rigor de los clavos que me sostienen; daría vigor a mis músculos, tan cansados, que ya no pueden con el peso de mi cuerpo y me ahogo, pero sobre todo ofrecería consolación a mi alma, atormentada por esta duda que me hiere más que nada”.*

Elevó la cabeza al cielo y gritó en hebreo: **“Eli, Eli, lamma sabactani!”**. Me sorprendió que llamara al Padre utilizando la palabra ELI, que es fría, separa y hace tibio el sentimiento, en lugar de decirle ABBA, nombre cercano, que desborda afectos. Le hubiera querido coger en mis brazos, como cuando niño, y decirle: Mira Hijo, no te sientas desamparado ni sólo. Cuando se te cierren los ojos podrás decir a tu Padre: Te entrego la vida tal como me la diste, completa y llena de síes. Ya verás Su alegría. No pierdas la confianza en El. Debí leer mi pensamiento, pues me miró y dirigiendo sus ojos al cielo, y en voz muy baja, dijo: **“Abba!”**.

Tenía la cabeza rendida sobre el pecho, pero de nuevo la elevó al cielo y exclamó: **“¡Todo está cumplido!”**. Había concluido la misión que le encomendó Su Padre: había bebido el cáliz de la Pasión, hasta agotarlo; había cumplido todas las profecías, y había dado luz a las sombras.

### **CRISTO DEL MADERO**

Se me estaba yendo. Todo estaba en su sitio: la sangre, al pie de la Cruz; el dolor, en mi pecho de Madre. Todo era silencio, silencio que El rompió reuniendo el escaso aire que guardaban sus pulmones, gritando: **“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”**. Ponía su alma en manos de Dios, con un sí anhelado, como el que Yo pronuncié muchos años antes al decir: Hágase en Mí, según tu palabra. Y recuerdo que mientras aceptaba -qué coincidencia- también tenía mis manos sobre el pecho, entrelazadas, dibujando una Cruz estremecida. Ahora pienso si aquel gesto inocente con el que se forjó su vida, no sería una premonición. Si mis brazos cruzados fueron el boceto de aquella otra Cruz que ahora lo acogía. Si ese sí que El daba a la muerte, no sería más que aquel otro mío, prolongado. Entre dos cándidos síes, entre dos sencillas cruces, discurría todo el proceso de Amor que fue la redención del hombre.

Llegó la hora del Descendimiento. Conmigo estaban María Salomé, María Cleofás, María de Magdala y otros discípulos y amigos. Tal como lo habían alzado a la Cruz, lo bajaron, arrimando tres escalas. Le desclavaron las manos y los pies. Aquel Cuerpo inerte era mi Soledad ya consumada. Unos lo sostenían por los brazos, mientras otros le sostenían las piernas. Alargué mis brazos para recibir su cuerpo desmayado, lo estreché contra mi corazón y me senté con El, al pie mismo de la Cruz.

Me fijé en la profunda llaga de su costado. Herida de Lanzada. Aquella abertura, honda, cumplía el delirio de números de las Santas profecías: un cadáver intacto, dos ladrones, tres cruces, cuatro tormentos y cinco Llagas.

Juan, dulcemente, me dijo: **“Hay que llevarlo a enterrar”**. Quise despedirme de EL. Dejé un beso al abrigo de cada uno de sus párpados y una caricia en la frente consagrada. Descubrí que, inconscientemente, había trazado el mismo signo que El hacía sobre los moribundos al revivirlos: les recorría con el dedo pulgar la frente, de arriba abajo y de sien a sien.

Lo trasladamos al sepulcro en silencio. Todo estaba velado por la tristeza. Sólo la luna parecía conocer la Caridad, porque se había hecho grande, dorada, cálida, y regalaba una luz clara a los cielos. Abrieron la piedra de la entrada, lo acostaron sobre el lecho helado y allí quedó

exánime. Cerraron el sepulcro. Allí quedaban su cuerpo y mi corazón. El equilibrio perfecto: su morir y mi vivir. Pesaban igual en la balanza.

Me retiré a descansar. Pasé a una habitación que no tenía más claridad que la del silencio. Cerré los ojos y todo se me representó de nuevo tan claramente, tan real que hasta el dolor era el mismo.

A la madrugada del tercer día, seguía en estos pensamientos, cuando el sueño me tocó con sus dedos de humo. Y me dejé acariciar. Todo lo recuerdo nítidamente. Primero la sensación de que el alma se me llenaba de claridades infinitas, y de una voz dulce que susurraba: **“¡Madre!”**... Después, la presencia viva de Jesús, henchido de vida y de luz. Le dije: Hijo, has vencido a tus verdugos. La resurrección significa tu triunfo sobre la vida. El me contestó: **“No he ganado a los hombres ni he ganado a la vida. Sólo he vencido a la muerte, que ya nunca más será eterna. Adiós madre.”** Y se fue desvaneciendo, azul, como el ocaso.

Cuando ya sólo se veía su rostro, lleno de cielo, le dije: Ya eres definitivamente feliz, Hijo. Y me respondió: **“Conocí el agua en la garganta de la sed, y el peso del hierro sobre la palma de mi mano. Es verdad, ya siento la Gloria, Madre; pero mi alma sigue llena de cosas de hombre: la ternura, el asombro, la esperanza, el temor, la amistad, el sabor de la miel y la manzana o el olor de la lluvia en Galilea.”**

Se me ha roto en mil pedazos el cristal de aquel sueño, y he despertado con una sensación dulce. De fuera me llega el cálido olor de las higueras retoñadas. Ahí sigue Jersusalem, como siempre desde hace tantos siglos, plácida, sosegada, con la apariencia pacífica de quien está libre de toda culpa.

Cae la tarde. Los olivos de nuevo se estremecen mecidos por la brisa. Me siento cansada. Mañana seguiré escribiendo. Mañana, si El no me llama esta noche, aunque ya estaba escrito que:

#### **LA MUERTE NO ES EL FINAL DEL CAMINO»**

Hermanos de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, amigos todos: que en los próximos días rememoremos, tal y como sabemos, los momentos de la Pasión y Muerte de Jesucristo, y que todos participemos en el júbilo de su resurrección.

León, 24 de marzo de 2011

Hno. Jesús López-Arenas González  
Abad Honorio de la Cofradía



*Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno*

FUNDADA EN 1611

C/ Santa Nonia nº 24 24003 LEÓN

www.jhsleon.com • jesusnazareno@jhsleon.com • Tfno: 987 263 744